

A 150 AÑOS DE LA FEDERACIÓN: LO QUE HEMOS SIDO Y LO QUE SOMOS

Tomás Straka

La Guerra Federal reaparece en el debate político venezolano como expresión de una sociedad que sigue teniendo motivos para verse reflejada en ella. Problemas esenciales del presente, como la descentralización, la democracia y la revolución social, pueden pesquisar en la tradición nacional hasta aquella etapa violenta del decimonono. Un recorrido por la relación que los venezolanos hemos mantenido con la memoria de esa contienda revela nuestras principales angustias y retos.

LA APARICIÓN de sendos manifiestos con motivo del sesquicentenario de la Guerra Federal viene a confirmar no sólo la manera en la que la historia —o, mejor, el historicismo— ha logrado meterse en todos los circuitos de la vida venezolana, sino también la importancia para el debate público de un episodio que por mucho tiempo permaneció olvidado en la memoria nacional.

Reducida a algunas lecciones en los manuales de bachillerato, no siempre dictadas con énfasis por los profesores y casi nunca atendidas por los alumnos, la Guerra o Revolución Federal (o «Guerra Larga» o «Guerra de los Cinco Años», en realidad de cuatro años y medio: de febrero de 1859 a mayo de 1863) fue disolviéndose en el recuerdo de los venezolanos desde las primeras décadas del siglo XX, a medida que también se disolvía el

poder del Partido Liberal Amarillo, que había hecho de ella su épica. Almacigo de sus principales líderes y caudillos (Juan Crisóstomo Falcón, Antonio Guzmán Blanco, Francisco Linares Alcántara y Joaquín Crespo, por sólo nombrar a cuatro que fueron presidentes entre 1864 y 1898), a partir de 1910, cuando Juan Vicente Gómez termina de deslindarse del Liberalismo Amarillo y aleja del poder a quienes aún no se los había llevado la biología, pocos mantuvieron el interés de seguir avivando la llama votiva de los Próceres de la Federación, título con el que Guzmán Blanco quiso equipararlos a los Próceres de la Independencia, y para cuyos gloriosos restos destinó, en cohabitación, el Panteón Nacional: allí siguen las cenizas de Ezequiel Zamora, Falcón y José Jesús González, El Agachao, junto a las del Libertador y las de Páez.

Para la generación posterior —esa que nace hacia 1910 y se lanza a la vida política en 1928— aquellos hombres y sus gestas tenían poco que decir. Aunque muchas veces eran sus abuelos y la raíz de sus fortunas, para los jóvenes representaban la encarnación de un pasado bárbaro que debía superarse a toda costa. Eran los epígonos de la antirrepública (la negación de la regularidad, la institucionalidad, la legalidad, la sociedad civil), el caudillismo feroz, el «Cesarismo Democrático», el Gendarme Necesario, la «Federación Brava» como les gustaba llamarse. El proyecto democrático que se delinea tras la muerte de Gómez fue, en gran medida, el sueño de superar a la Federación Brava, dejar atrás a los hombres guapos, a los caracortadas, a Doña Bárbara, para entrar en el universo cívico de Santos Luzardo. La nueva

Venezuela no podía buscar sus modelos en los sablones del decimonono, sino en los líderes modernos, bien de las democracias occidentales o bien de las revoluciones socialistas.

Cuando Gómez y los últimos caudillos federales aún estaban vivos, pesaba sobre ellos el fardo de los traumáticos y finales años de la larga hegemonía liberal-amarilla; es decir, de sus escándalos de corrupción, de la bancarrota nacional que se vive a partir de 1896 y que lleva a la moratoria por la que se bloquean y bombardean nuestras costas en 1902; de las inmensas pérdidas territoriales en la Guajira, la Orinoquia y el Esequibo; de la ristra de guerras civiles que desangraron al país hasta que en julio de 1903 Gómez derrota a los caudillos supervivientes —y con ellos al viejo caudillaje— en Ciudad Bolívar. Esa connotación peyorativa que adquirieron los vocablos «político» y «política» durante el gomecismo, como lo contrario al orden, a lo que deseaban «los hombres de trabajo», «los buenos hijos de la patria» —o sea, según la propaganda oficial, los gomecistas—, no era del todo gratuita.

Desacreditada por el gomecismo, así como por los movimientos que se rebelaron contra él, la Guerra Federal no tuvo el mejor de los entornos para pervivir como un hecho de primera magnitud en la memoria histórica de la modernidad venezolana. Su resurrección actual, por lo tanto, si bien dice mucho de lo que fuimos, dice más de lo que, a pesar de todo, no hemos dejado de ser. La «Declaración sobre el sesquicentenario de la Guerra Federal», publicada por la Conferencia Episcopal Venezolana el 4 de febrero de 2009, y el manifiesto «El pueblo falconiano ante los ataques a Juan Crisóstomo Falcón», firmada en Coro en febrero de 2009 por diversas personalidades de la región (el periodista Manuel Felipe Sierra, Monseñor Roberto Lückert, las historiadoras Carole Leal Curiel y Elina Lovera Reyes, el político Luis Miquilena, el economista Francisco Faraco y decenas de nombres más), tienen un

detonante común: Hugo Chávez y el lugar que le asigna a la épica federal, vuelta historia oficial gracias a él, en su discurso político.

No puede decirse que Chávez es el único responsable del reposicionamiento de la Federación en el imaginario de los venezolanos. Pero, sin dudas, su prédica ha sido fundamental para que algunos nombres cuya memoria estaba confinada a especialistas o a determinadas regiones —Ezequiel Zamora, la Batalla de Santa Inés— volvieran a la cotidianeidad del país. Mientras que la declaración del Episcopado —que no suele detenerse, salvo que se trate de fastos muy importantes, a sentar posturas historiográficas— se encamina a prevenir la exaltación de Zamora y de

detenido. Son temas que se entrelazan con problemas más sustanciales de la venezolanidad. Por eso puede decir tanto de lo que hemos sido y seguimos siendo, porque, sin tener exactamente los mismos problemas, sí es la misma sociedad —que en otro momento de su desarrollo, es otra cosa—, en un lapso, además, tan corto como puede serlo el de cinco generaciones.

Hugo Chávez se empalma con la reinterpretación que hacen los marxistas —el historiador Federico Brito Figueroa (1922-2000) por sobre todos— de la Guerra Federal como el antecedente vernáculo y legítimo de una tentativa revolución socialista venezolana por venir y de Ezequiel Zamora como el gran líder agrario que la encabezó. Los retos ideológicos de «venezolanizar»

El presidente Carlos Andrés Pérez, en un homenaje en Santa Inés en 1975, afirmó: «Ezequiel Zamora, primer líder de la democracia venezolana. Ezequiel Zamora, forjador de la democracia social venezolana. Ezequiel Zamora, punto de partida de una nueva historia nacional»

todo el conflicto como una glorificación de la violencia y la división de los venezolanos. El manifiesto de los falconianos deplora las expresiones que sobre el epónimo de su estado —y justo en su capital!— hiciera el presidente en el acto conmemorativo del alzamiento que allí dio inicio a la guerra, el 20 de febrero de 1859.

¿Es posible que el solo parecer de un hombre, por muy poderoso y carismático que sea, influya de esa manera en la conciencia colectiva? Ciertamente, muchas cosas asociadas con el panteón personal de los héroes que tiene el Comandante, su cantor preferido Alí Primera, su ancestro Maisanta, sus referencias llaneras como el mito de Florentino y el Diablo, por el sortilegio de ser tuyas, han logrado imponerse en el imaginario de sus seguidores, dando unas muestras de liderazgo poco común. Pero con las tesis que maneja en torno a la Federación, Zamora o Cipriano Castro, es necesario un análisis más

el marxismo-leninismo, de encontrar una tradición propia con qué enlazarlo y, sobre todo, de contraponerlo a la propuesta de Acción Democrática, de carácter socializante pero muy arraigada en la realidad criolla, impulsaron tal reinterpretación. También ayudó la naturaleza misma de la Guerra: problemas que atraviesan longitudinalmente la historia venezolana, que en el gran conflicto de 1859 y 1863 llegaron a su paroxismo. Si se piensa que están en juego cosas tales como la descentralización, la democracia, el igualitarismo (eso que hoy se llama inclusión) o el acceso a la tierra, se hará evidente que no se trata de una disquisición erudita de tres o cuatro historiadores, sino de asuntos que entran en el diario tráfico de los debates nacionales.

Súmele a esto el historicismo, como actitud de fondo, insuflado por siglo y medio de bolivarianismo, y se tendrá servida la mesa para que la saga de Zamora, los vaivenes



de Falcón, la eficiencia —y sus otras artes— de Guzmán Blanco, el empecinamiento de Páez en creerse —¡otra vez!— un salvador, la altivez de un Soubllette para volver a pelear después de tantos años, el talento de un León Febres Cordero, las masacres inútiles que los liberales atribuyen a Rubín y a De Las Casas, las maniobras de Venancio Pulgar, los sueños de Monseñor Guevara y Lira de ir más allá del poder espiritual, los sueños del hijo del brujo de San Francisco de Cara —Joaquín Crespo— de llegar algún día a ser algún poder, la decepción cívica de hombres como Pedro Gual y Manuel Felipe Tovar, las trapacerías de un Martín Espinoza o del Agachao, las angustias de un Juan Vicente González que desde su cabeza llena de citas clásicas ve perder a la civilización otra vez y llora en sus Mesenianas a la juventud que se quema en la Guerra, el arrojo desinteresado de Sotillo, las cosas de Julián Castro, los prestigios cincelados en violencia de un Colina y un Bruzual, confirmen que se habla de un mismo país: el que entonces se sacó las vísceras por banderas que siguen siendo defendidas, y el que recurrirá una y otra vez a la historia para dar cualquier paso en su porvenir.

No es que la historia se repita; es que es, en buena medida, una misma historia. Es la historia de un colectivo que decidió volverse nación e incorporarse a la modernidad y que, a treinta años de su plena independencia, todavía no sabe cómo hacerlo. Eso es lo que fuimos y, en buena medida, seguimos siendo: un pueblo en vías de superar los traumas del mestizaje y la estratificación colonial, que ve el chance de entrar a la vida moderna en una versión de la democracia como esencial palanca para la igualdad. Para la historiografía liberal —como se conoce la producida por los liberales durante su largo dominio— la Guerra Federal fue una lucha por la democracia, por darle el poder al pueblo y acabar de esa manera con los resabios de la sociedad colonial, que veía encarnada en eso que llamaban la oligarquía. Así se expresaba la historia

desde Guzmán Blanco, que se encargó de dejar su versión de los hechos por escrito, hasta Laureano Villanueva, que aún escribía así a finales del siglo XIX, y en buena medida Francisco González Guinán, a quien la vida y sus talentos le permitieron reconvertirse de eficiente ministro guzmancista a eficiente ministro gomecista. Es un parecer que recoge la generación posterior, la positivista: José Gil Fortoul impuso hace un siglo, en su Historia constitucional de Venezuela (1909), la tesis de que la federación logró en lo social lo que la independencia hizo en lo político. Lisandro Alvarado, en su clásico coetáneo Historia de la Revolución Federal en Venezuela (1909), más o menos hace otro tanto.

¿Qué entendían por democracia? No necesariamente un régimen democrático-liberal que convocara elecciones libres y garantizara la libertad y el equilibrio de poderes. La entendían como la igualdad de las razas, aspecto que aún era muy importante, como la posibilidad de que cualquier mulato pudiera llegar a general, a ministro, a obispo, a presidente si se diera el caso. Entendían la democracia como el motor del igualitarismo. Este es el carácter de revolución social que reivindicarán más adelante los movimientos de izquierda. Hay que recordar que en un primer momento no contaron, para interpretar su historia, con otros textos que los legados por los positivistas de las primeras décadas del siglo XX y con los liberales de finales del XIX. En grados mayores o menores, incluyendo a Rómulo Betancourt, se sigue la misma concepción: con la Guerra Federal desaparecen los restos de la oligarquía colonial y se entroniza una nueva élite, expresión de los sectores populares y las clases en ascenso, galvanizada en torno al Partido Liberal. La verdad no es poca cosa para tratarse de un país latinoamericano del decimonono: después de 1864 ya no será taxativo en Venezuela pertenecer a la élite criolla para ascender al poder. No se acaba con la estructura social vertical y muy desigual, pero se la hace más permeable.

A partir de este punto —que en rigor nadie discute— se bifurcan los caminos. Por un lado estuvieron —y siguen estando— quienes ponen énfasis en el desenlace institucional que se alcanza con el Tratado de Coche y lamentan que no pudo tener continuidad en el turbulento gobierno de Falcón y después en las dos décadas del guzmanato. Por otro lado están los que, ya en el siglo XIX, vieron en Coche una traición a la cepa —según su juicio auténticamente revolucionaria— de Zamora, cuya muerte truncó, alegan, una transformación más radical. Los ex esclavos y los indios que lo seguían con sus flechas; el encanto de su nombre entre los llaneros; el comentario generalizado de que iba a ir a Caracas a matar a los blancos, a los que supieran leer y escribir y a repartir sus tierras (que él, blanco, alfabeto y terrateniente no refrendó, pero que tampoco se encargó de desmentir), por más de un siglo han despertado suspiros entre los más radicales. La convicción es que Falcón y Guzmán Blanco —que para colmo estuvo a su lado cuando una bala lo mató en San Carlos, en 1860— lo traicionaron. Ciertamente que el segundo dijo, siempre que pudo, que más o menos fue una suerte que Falcón y no su cuñado —porque Zamora estaba casado con la hermana del Mariscal— haya sido quien entrara a Caracas, pero de allí a acusarlo de su muerte, como deslizó más de uno, es cuando menos audaz.

Pero los marxistas se suscribieron a esta tesis. Militante del Partido Comunista de Venezuela, en especial de su sector agrario, Federico Brito Figueroa produjo dos textos muy influyentes: Ezequiel Zamora, un capítulo de historia nacional (1951), que extendió y convirtió en uno de los clásicos de la historiografía venezolana, Tiempo de Ezequiel Zamora (1974). Hugo Chávez ha afirmado que, recién graduado, leyó el texto y quedó prendado para siempre de la admiración zamorana. Años después haría de Brito Figueroa uno de sus asesores. Pero no fue el único en esa admiración: dentro

de Acción Democrática los sectores más izquierdistas del partido también admiraron al caudillo. El 4 de febrero de 1975, por el decreto No. 736, Carlos Andrés Pérez, considerando «que el General Ezequiel Zamora, por haber estado altamente identificado con las aspiraciones igualitarias y democráticas del país merece un reconocimiento nacional», establece que, entre otras cosas, se edite todo lo relacionado con Zamora hasta el momento. «Ezequiel Zamora, primer líder de la democracia venezolana. Ezequiel Zamora, forjador de la democracia social venezolana. Ezequiel Zamora, punto de partida de una nueva historia nacional», dijo el presidente Pérez en un homenaje en Santa Inés el 20 de febrero de 1975, y aparece reproducido en todos los libros de la colección.

¿Es fútil entonces el debate en torno a Zamora y Falcón? En modo alguno. Dos concepciones sobre lo que debe ser el país y, en especial, la democracia, se articulan en este debate. ¿No tiene ese debate asidero en la realidad? Al contrario, lo tiene y mucho. La nación que hace 150 años se planteó reformularse para vivir en un clima de libertad e igualdad continuó ese camino, con avances y retrocesos como en todas las naciones, y hoy, ajustada a las nuevas circunstancias, se lo plantea otra vez. ¿Por qué se habla más de revolución social que de descentralización, si fue una guerra cuyos protagonistas dijeron pelearse por el sistema federal? Porque lo uno siempre ha opacado lo otro. Las aspiraciones de las regiones a gozar de igualdad ante ellas es otro capítulo de las ideas democráticas. La prueba más clara es que, a finales del siglo XX, cuando todavía no se hablaba de la Guerra Federal, renacieron, con inusitada fuerza. Por eso los dos manifiestos mencionados al comienzo de estas líneas son tan significativos: porque dicen mucho de lo que hemos sido, seguimos siendo y, probablemente, no dejaremos de ser. ■

Tomás Straka

Profesor de la Universidad Católica Andrés Bello